

Cavilaciones de un prisionero

John A. Houle S. J.

¿Qué piensa un sacerdote en los interminables días en una prisión china comunista? Amor, odio, escoria y gloria bajo la dominación comunista.

Escenario: la prisión de Nantao, en Shangai, China comunista. Tercer piso, celda No. 11. Diez y seis hombres hacinados en una celda de 3 x 4 metros. Sucias paredes de reboque y piso de madera que no han lavado hace tiempo. El único mueble es una gran batea en un rincón. Ventanas altas al extremo sur. Ventana y puerta al corredor. Todas con sólidas barras de fierro. Cepillos de dientes y toallas amontonadas en el antepecho de la ventana, además del jabón y pasta de dientes de los afortunados que lo poseen. Atados de ropa, frazadas para dormir en un extremo; al otro, vasos para el agua y vajilla de lata.

Cinco de la mañana. El Guardia toca un pito. Se levantan todos atropellándose.

Treinta y uno de Diciembre de 1953. El tiempo es frío. Se abre la puerta, nos amontonamos para salir, trotamos en fila india con la cabeza baja, hacia la artesa colocada al fondo del corredor; nos salpicamos un poco la cara. Es toda la limpieza que nos permiten. Corremos de vuelta a la celda. Se cierra la puerta violentamente. Nos vestimos, hacemos los rollos de las payasas o colchones, nos escobillamos los dientes y tres de nosotros, por turno, lavamos pañuelos, calcetines o calzoncillos en menos de dos litros de agua que permiten para este objeto. Se guarda el agua de los dientes para el primer enjuague de la ropa. Como dos y medio litros de agua limpia se usan para lavar el piso.

Otro día. La perspectiva de otras diez y seis horas de tortura física. Con hambre, pero sin apetito. Trato de ser generoso, ser valiente y confiado. Pero conozco bien a mis compañeros de celda y los encuentro repulsivos en su ansiedad por complacer al gobierno. No les importa cuanto sufrimiento puedan causar con eso a los demás prisioneros. Sé lo que debo esperar de los guardas y personal de la prisión: ¡Apúrate! ¡Apúrate! ¿Por qué hablaste? ¿Qué dijiste? ¿Acaso crees que estás en un café cantante? ¿Qué miraste? ¿Quién crees que eres? Son sádicos, como sólo pueden serlo estos inmundos comunistas. ¿Por qué nos

mezquinan el agua estas bestias humanas? ¿Por qué fomentan la desconfianza entre los prisioneros, ¡Oh Dios mío, haz que pueda concentrarme sólo en Ti! ¿Por qué he de ser tan egocéntrico?

Las 5:30 de la mañana. Ejercicio. Una hora de dar vueltas y vueltas por el estrecho cuarto de la prisión. En silencio, por supuesto. Comienzo a decir la misa y experimento esa "paz que el mundo no puede dar". Muchas cosas me distraen e incomodan al sólo contacto ineludible con los otros 15 prisioneros. Pero por sobre y encima de todo, en esta hora comprendo que Dios está conmigo. Que la Iglesia de Cristo está ofreciendo a nuestro Padre el Sagrado Sacrificio de adoración y paz; de sacrificio y expiación, y que todas mis necesidades, nuestras necesidades, están representadas ante el Padre que nos ama y nos dá la vida. Rezo por todos: mi madre, mi padre, la familia, mis hermanos en la religión, los amigos. Rezo por todos los que en este momento están orando y haciendo penitencia por mí y otros prisioneros, "por todos los que han solicitado mis oraciones en general o en particular". Especialmente oro por estos 15 prisioneros, encerrados en este estrecho recinto conmigo: algunos paganos, otros tratando de adquirir mentalidad "marxista-leninista", algunos católicos apóstatas. Estos últimos son los más desagradables de mis compañeros. Todos necesitamos a Dios, pero parece que soy el único que vive de la fé. Sufro al ver que la desesperación ha hecho presa de sus acciones y reacciones de cada día y que el dolor no los ha ennoblecido.

Gracias a la generosidad de mi buen Dios recuerdo de memoria, en inglés y en latín, la misa entera, además de la misa especial aplicable a la fiesta del Sagrado Corazón y otra para los Sábados dedicada a la Virgen Santísima. Si me distraigo o pierdo el hilo de la misa que estoy diciendo, entonces paso del Latín al inglés hasta que recuerdo exactamente. Esta es mi única hora feliz del día. Estoy con el pensamiento frente al altar de Dios; ataviado con Su Gracia y Su amor; comprendiendo que soy un sacerdote del más alto Sacerdote; una víctima en comunión con la Sagrada Víctima.

6:30. Sentarse y esperar.

Desde ahora hasta la primera comida del día, meditación. Algunas veces es ferviente, otras completamente distraída. Sentado en el suelo, hombro con hombro con seres silenciosos, sufriendo igual que yo. Me distrae cada movimiento, el más leve ruido, cada palabra aún cuando sea un mero balbuceo. La fatiga sin respiro agota y mata. No tenemos un libro, ni una publicación cualquiera que sugiera una idea, por absurda que sea. El cuerpo cansado trata de asirse a cualquier cosa, no importa cuán pequeña o despreciable sea. Algo que sugiera un cambio, un alivio cualquiera. A menudo mi cerebro procura traspasar las barras de hierro; constantemente me sorprende tratando de liberarme de la realidad y de soñar despierto. Entonces veo las fisonomías de mis compañeros de prisión como fantasmas distantes.

En esta y otras horas de meditación durante el día he aprendido el verdadero valor de la oración. He sentido la gratitud desde el fondo de mi ser. He agradecido la luz que me ha sido concedida, y las inesperadas fuentes de energía que encuentro dentro de mí.

8:00. Prisioneros que trabajan en el penal nos tiran unos palitos por la ranura de la puerta. Pronto llega la primera comida del día: arroz salcochado en agua y unas pocas verduras medio crudas. Comemos rápidamente. Casi todos terminamos en pocos minutos. No comemos sino que tragamos. Algunos son más lentos, lo que da ocasión a los guardias para castigar a todo el grupo por una demora de cinco minutos. Llenan los tarros de lata por el hueco de la puerta.

Llega el arroz y con este el tropel y la rebatiña, además de una serie innecesaria de mezquindad y egoísmo. La bestia sale a relucir y ésta ingiere con avidez esa basura que lo permitirá seguir viviendo.

Trato de recordar las pobres comidas de Nuestro Señor y me abismo al caer en la cuenta que nunca me interesó mayormente saber qué comía El; cómo estaba preparada esa comida, cuán burda era, cuán insuficiente para Su desgaste de labor continua. Algunos de estos prisioneros están acostumbrados a mejor vida, sin embargo toman lo que les dan y pretenden que les gusta.

Como hace varias semanas que no nos bañamos, hoy podemos hacerlo. Nos sacamos la ropa apresuradamente, corremos a la artesa de cemento que ha sido usada por muchos otros; nos sacamos algo de la mugre nuestra y se nos adhiere la mugre ajena.

8:15. Sentarse y esperar. Alguna diversión cuando viene un instructor político. Parece que uno de los prisioneros informó sobre la pérdida de un pedazo de jabón. Siguen horas enteras de acusaciones, palabras violentas, búsqueda por todos los rincones, etc. Los guardias llaman a uno por uno. Finalmente se llevan un par de prisioneros que son reemplazados por otros dos. Apenas entran a la celda, el guardia los hace mirar atentamente a los otros y vice-versa. El sistema de reconocimiento es cuidadoso. Si uno reconoce a cualquiera de los otros, uno de los dos debe irse. El aislamiento completo es la regla y el arma.

Se supone que los prisioneros chinos esperan la consideración de sus respectivos casos, y comprendo que están tratando desesperadamente de pensar en algo que pueda influenciar al juez o instructor político para que resuelva favorablemente. Rezo cuatro rosarios diarios, además de algunos extras fuera del programa normal. Pequeñas distracciones prolongan indefinidamente cada rosario. Si pierdo la cuenta, empiezo la década de nuevo. Veo como se acalambran los dedos contando hasta diez. Dedico el segundo rosario, los Misterios Dolorosos, por la conversión de Rusia y China.

De 12 a 1.00, paseo.

Hago mi primer examen de conciencia y rezo cuantas letanías y oraciones recuerdo. Todavía no se digiere el arroz de la mañana. La tensión física de estar sentado y la tensión nerviosa de esta monotonía, se convierten en una cruz demasiado pesada para mis hombros.

Una de mis mayores aflicciones es tener que "amar" a mis prójimos comunistas: instructores políticos, guardias, carceleros, intérpretes. O son comunistas o creen que les gustaría serlo y tienen todos un olor detestable. Los mueve el odio y utilizan la mentira como el sistema fundamental para tratar a los demás, aún con los prisioneros en los asun-

tos más nimios. Son pervertidos, podridos y deshumanizados. Es una lucha constante conmigo mismo para forzar me a no odiarlos cordialmente. Nunca antes había experimentado este impulso a odiar. Se han pervertido deliberadamente y causan indecible ruina a las almas. Odian a Dios y a los hombres que llevan su imagen. Me odian porque soy sacerdote. Sin embargo son hijos de Nuestro Señor, que El creó como a mí para el cielo que espero alcanzar. La redención por la cual dió su vida el Hijo de Dios. De modo que debo amarlos y orar por ellos y ofrecer mi vida para salvarlos. Pero es tan difícil quererlos siquiera.

4 p.m. Repetir la comida y el proceso de limpieza.

Se rompe la monotonía cuando el guardia me llama a la puerta. Me pasa medio pan de jabón ordinario diciéndome: "El gobierno del pueblo te regala este jabón!". No he tenido jabón ni siquiera para lavar la poca ropa que se nos permite, sin embargo tengo el impulso de tirárselos a la cara y decirles, "Puedes contestar al gobierno del pueblo que se vaya..." Pero entonces recuerdo que Nuestro Señor no tenía siquiera donde reclinar su cabeza, y que nunca reaccionó con soberanía. Luego se abre la puerta. Un instructor político y dos guardias entran a la pieza. El primero me entrega un tubo de pasta de dientes: "El gobierno del pueblo te manda ésto".

4:30. Sentarse y esperar.

6:30. Comienza el debate sobre el programa político de ayer en la radio, o es que el nuevo prisionero debe recibir instrucciones sobre la conducta que debe observar, o los políticos han instruido a los antiguos prisioneros que acusen y torturen a otro prisionero. Las mismas frases violentas siempre... Se golpean el pecho y acusan a los otros de algo, aunque sea de haber derramado unas gotas de agua: Me quedo dormido; el guardia grita en la puerta... Debo ir y aceptar el castigo merecido.

Procuro aislarme de la interminable estupidez que sigue durante dos horas: monstruosas vociferaciones de teorías marxistas, confesiones, discursos que pretenden demostrar a los carceleros cómo aprecian ellos que el "gobierno del pueblo" los haya arrestado y los tenga incomunicados, sin esperanzas de juicio ni liberación hasta que se reformen. Esta es la peor hora del día. Si alguien me dirige la palabra estoy seguro que no podré contestar sino con bofetadas.

8 - 9 p. m. Otra hora que se arrastra interminable.

Hora de las oraciones vespertinas, examen de conciencia. No tengo la certeza de estar completamente despierto.

9:00. Suena un pito y comienza la rebatiña para sacar las payasas en que dormimos.

9:10. Ya estamos en cama.

Tengo dos frazadas viejas delgadas y una cubierta de algodón de la prisión para cubrirme. Duermo completamente vestido. Me echo encima las frazadas dejando los pies descubiertos. La deficiencia vitamínica produce agudos dolores en los pies cuando se calientan. Esta noche, estirado y justo cuando comienzo a descansar, me vuelven otra vez los calambres, que me sacuden violentamente el corazón. Por una hora o más, pienso

que ha llegado mi hora. Ocasión para hacer un buen acto de contrición y amor a mi muy Amado Maestro, que me permite una porción ínfima de su propia Pasión.

Como siempre cierro los ojos cuando el guardia mira, pero no puedo conciliar el sueño. Esta es buena hora para orar tranquilo, pidiendo al Todopoderoso que acepte mi vida como sacrificio por la conversión de China. No he oído misa todos estos meses ni tampoco he recibido el consuelo de los sacramentos. Pero no sé por qué siento a Nuestro Señor más cerca de mí que nunca. Puedo dirigirme a mi Santa Madre con la simplicidad y confianza del más pequeño de sus hijos. Siento la mano de mi Angel de la Guardia. Todos duermen. Estoy seguro que ninguno de ellos ha pensado jamás en otra vida superior, después de esta miseria y dolor. Por lo menos ninguno se atreve a expresar siquiera el pensamiento.

Pienso en mis padres, hermanos y amigos y sus familias; en los sacerdotes chinos con quienes trabajé tanto, muchos de ellos ahora prisioneros; en las monjitas y sacerdotes o postulantes a la Iglesia de Cristo. Les llegará su turno y nos podremos ayudar mutuamente con la oración y el amor divino.

Hace mucho frío y me siento incómodo. Me tortura, además, la idea que pueda traicionar a mi Dios o que pueda herir a mis hermanos en Jesucristo que me conocieron en la Iglesia. Mi cerebro cansado no deja de girar en un círculo vicioso. Dolor físico, aflicción y soledad absoluta fatigan el cuerpo y después de larga modorra, algo como un sueño liviano me trae unas horas de consuelo y alivio. Gracias te doy Señor por este día. Jesús, María y José, hasta mañana. Defiéndeme Señor. Y si me llamas, Tú sabes que estoy ansioso de volar hacia Ti.